

## CUADERNO DE ESCRIBANO de Miguel Escribano

---

La lluvia caía pesada en la plaza desierta. La oscuridad sólo interrumpida por las luces de las ventanas del bar.

Un hombre joven permanecía de pie junto a la puerta del local, protegido por el estrecho tejadillo. Inmóvil en la franja de silencio entre el golpeteo de las gotas de delante y el murmullo de la fiesta a su espalda. La mirada perdida en la noche.

El murmullo se hizo rugido por un momento mientras la puerta se abría y cerraba.

- ¡Joder, qué frío! -dijo un hombre a su lado- ¿No te estás congelando aquí fuera?

El joven encogió levemente los hombros por toda respuesta.

Nuevos sonidos llenaron el limbo bajo el tejadillo: una cremallera subiendo, el chasquido de un mechero, una calada, una breve tos.

- ¿Por qué no entras? Ahí dentro se están divirtiendo como hace mucho que no se veía.

Pasaron otras dos caladas hasta que el joven respondió.

- No hay nada que celebrar.

- Es sorprendente de cojones viniendo de ti. ¿Entonces por qué has venido?

- Alguien tiene que vigilar.

- Joder... Hablar contigo siempre es una puta alegría, Tom.

Después de otras cinco caladas, un zapato pisando una colilla.

- Bueno... Disfruta de tu pulmonía. Nos vemos...

Un disparo en la distancia.

Para cuando llegó el equipo forense la lluvia ya había limpiado casi toda la sangre, pero los flashes de las cámaras aún provocaban algún destello carmesí en el pavimento.

Tres figuras se abrieron paso entre los coches de patrulla que cortaban la calle y se dirigieron al lugar donde yacía el cuerpo unos minutos antes.

- ¡Qué irónico! -exclamó la agente Rander con media sonrisa- Siempre dije que el cabrón era más cerdo que persona, y va y muere desangrado por el cuello.

El agente Schall respondió con una risita al comentario, pero el inspector Bendelli frunció los labios con desaprobación.

- Rander, dale un uso útil a esa bocaza y toma declaración a los guardaespaldas.

El inspector sabía que no iban a sacar nada de los dos tipos de aspecto hosco que esperaban junto al cordón policial, ya que el silencio sería la única forma de que volviesen a encontrar trabajo en la ciudad. Pero había que seguir el protocolo.

Bajo su paraguas, Bendelli contempló la calle a su alrededor. La calle Luna de Mayón se encontraba en la zona más cara de la ciudad. Casas de dos plantas se alineaban a ambos lados de la normalmente poco concurrida calzada, cada una rodeada por una cuidada franja de jardín y una valla baja de hierro forjado. Los pocos coches que había aparcados en la calle valían cada uno como su apartamento. Seguro que el señor Chacolsky nunca pensó que en un sitio tan elegante le pegarían un tiro en la carótida.

Kevin Chacolsky empezó a trabajar muy joven en la carnicería de sus padres, pero pronto mostró que su ambición iba mucho más lejos. Vio que, con los amigos adecuados, podía obtener jugosos beneficios vendiendo carne de dudosa calidad. El negocio fue viento en popa y creció hasta convertirse en un actor importante de la economía regional.

Sin embargo, su verdadera fortuna llegó cuando se ganó el favor de Jonathan Pike. Aunque la naturaleza de su relación no era pública, en los bajos fondos pronto comenzó a circular la expresión "hacer salchichas" como eufemismo de deshacerse de un cadáver.

[...]

En los últimos meses se me ha preguntado muchas veces cómo empezó mi relación con Viktor Stern, y siempre repito lo que él mismo dijo en tantas ocasiones: Viktor me encontró.

Hace ahora seis años asistí en Frankfurt al Human Limits Summit, una convención anual centrada en el desarrollo tecnológico y científico aplicado. Había sido invitado a participar en

el evento central, el Ideas Showcase, en el cual emprendedores de toda Europa presentan sus propuestas a un selecto panel de inversores.

Yo creía fervientemente que, con el apoyo económico y técnico adecuado, mi idea iba a cambiar el mundo, por lo que acudí al auditorio principal con una desagradable mezcla de excitación y ansiedad. Visto en perspectiva, es irónico que, tal y como pensaba en ese momento, aquel día acabase siendo el más importante de mi vida, si bien por un motivo completamente distinto al que yo imaginaba, ya que mi producto nunca llegó a materializarse.

A pesar de los nervios, logré hacer una presentación de cinco minutos bastante digna, tras lo cual me enfrenté al verdadero reto, las preguntas de los inversores. Respondí como mejor pude a una serie de incisivas cuestiones sobre los detalles técnicos, el plan de negocio, el estudio de mercado, y los objetivos a corto, medio y largo plazo. Todo bajo la escrutinio de un grupo de personas para las cuales yo sólo era una posible apuesta de riesgo.

Y entonces él levantó la mano. Su aspecto era similar al de todos los demás, con un cuidado corte de pelo y vestuario business de marca. Sin embargo, sonreía.

Se presentó con un nombre falso que no recuerdo y comenzó a hacerme preguntas personales sobre mis gustos y aficiones. Por las caras de hastío y murmullos que surgieron entre los demás, supuse que había hecho las mismas preguntas absurdas al resto de ponentes de la mañana.

Respondí sorprendido. Huelga decir que, a diferencia de las otras preguntas, no había preparado respuestas para estas, por lo que me vi obligado a improvisar y, en sus palabras, "ser genuino".

Cuando terminó mi tiempo, salí del recinto a tomar el aire y a escribir a mis socios para informarles de cómo había ido. Al cabo de un rato apareció él y me estrechó la mano.